dos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marras, y el sabio le plantó esta coz en mitad del pecho:

—Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá.

# LAS TRES ESMERALDAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## Las tres esmeraldas.

—¡Señor, ayúdame!—clamó una voz en la llanura desolada.

Volvió Jesús el divino rostro y se detuvo; á sus pies estaba el Alma, desnuda y aterida, que imploraba la compasión del misterioso caminante, los brazos en cruz, secas las cuencas de los ojos. Horrible era el silencio de la noche; el torrente de la revolución social había inundado el llano, destruído hogares, ganados y mieses, apagado los hornos de las fábricas, derribado el ara del templo. Conciencias y corazones yacían en siniestra obscuridad, y como cuervo sobre el campo de matanza, revoloteaba la Duda entre las ruinas. Dijo Jesús:

—¿Qué me quieres?

Y asida á su blanca vestidura, el Alma, de rodillas, suplicó:

—Mira, Señor, cómo estoy y apiádate de mí. Todo lo perdí y no me queda más que escaso aliento para arrastrar el esqueleto, dentro del cual me consumo y ago-

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

nizo. Apenas salté del regazo materno, perversas compañeras me quitaron la flor de la inocencia, y clandestinamente y á mansalva luego, unos que llaman filósofos y reformadores me arrancaron las alas de la imaginación, ahogaron mis ideales, entorpecieron mis sentimientos y enseñáronme á renegar de Dios, borrando su santo nombre de mi memoria. Enseñáronme otras cosas nefandas, que el mal ejemplo disculpaba y celebraba, é hicieron de mí un sectario de dos ídolos monstruosos, el Ateísmo y la Anarquía. Porque su obra fuera completa, de las regiones del Norte vino negra bandada de ideas que cegaron mi razón. Así no soy yo quien ejecuta, sino ellas que me impulsan. Quiero, y no puedo querer. Mi voluntad no me obedece, mi razón no me guía; tengo ojos y no veo; lengua, y rechaza la oración que yo la dicto, para repetir la blasfemia aprendida. Mis piernas andan por otros senderos que los rectos y fáciles á que las encamino. Mi hambre y mi sed no las apagan las modernas filosofías. ¡Señor! ¡quiero creer! Que me devuelvan las doradas ilusiones de mi infancia, todo cuanto me han robado y en este naufragio universal he perdido. Luz, para gozar de tu vista. ¡Apiádate de mí, Señor! ¡quiero creer, quiero amar, quiero rezar, quiero soñar!

Jesús lloró. Y tendiendo su manto sobre el miserable, le ordenó que le mostrara el corazón. El Alma abrió su pecho



y mostró el corazón, que era á modo de manzana comida de gusanos.

Puso en él las manos Jesús y le curó. Luego sacó tres esmeraldas, gordas como nueces, y se las dió.

—Toma—dijo Jesús.—Te doy la Fe, la Esperanza y la Caridad. Guárdalas, cuida de que no te las roben en el camino, y serás feliz.

Al mismo tiempo sopló ligeramente sobre ella y la mandó que se levantara.

—¡Levántate y anda!

Como Lázaro, el Alma se levantó y anduvo. Y el hálito divino enjugó la tierra, encadenó el torrente, cubrió de verdor el prado y alivió miserias y destrozos.

Y en lo más alto de la montaña alboreó el nuevo día, iluminando la risueña llanura...

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ANTROPOS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 25 MONTERREY, MEXICO

## Antropos.

Antropos, el viejo Antropos, se sintió poseído de soberbia imponderable.

Había sometido todos los elementos; había descubierto todos los arcanos. Sabio, poeta, guerrero, legislador, artista, en las esferas todas humanas había descollado y brillado como el sol. Había bajado hasta el fondo de los mares, subido hasta el seno de los cielos misteriosos; hizo á la diosa Electricidad su esclava, y de la palabra nueva paloma mensajera que en un solo revuelo rodeara el universo; dió fijeza eterna al sonido é iluminó las últimas reconditeces de la vida y de la muerte, en la evolución completa de la célula y el microbio. Destilando la más pura esencia de la filosofía, enseñó á amar á sus semejantes, y á matarse entre sí con mayor acierto, combinando los agentes químicos más perversos, que el bien y el mal fueron siempre fatales compañeros é inseparables de su naturaleza terrena. Con la lira, el cincel y la paleta cautivó á la Belleza esquiva, y todas las voluntades se rindieron á su genio soberano.



UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Reinaba en absoluto sobre el mundo. Laureles inmarcesibles ceñían su sien olímpica y las palmas de la ciencia esmaltaban su blanca veste.

Y dijo Antropos:

—No quiero más vivir en este llano, donde las pasiones de los hombres me molestan y entorpecen mi profundo meditar. Sus voces y sus querellas me lastiman y el verles continuamente me desagrada. Me alejaré de ellos y asentaré mi palacio en la montaña. Allí, libre de todo trato, en la soledad y el silencio, con las Ciencias y las Artes, mis amadas, pasaré largos años felices.

Llamó á la legión de geniecillos que le servían, y en un periquete cargaron con el palacio, que era de mármoles y jaspe, y lo transportaron á la montaña más elevada.

Antropos, satisfecho, se asomó á una ventana del palacio y vió á los hombres, sus semejantes, como hormigas en el llano, inquieto enjambre que se dividía en innumerables grupos de caminantes, cargado cada cual con el grano de sus necesidades, trabajos, ambiciones, vicios y pecados.

Y sonrió de orgullo al sentirse tan alto, lejos para siempre de la mísera caterva, á la que privaría de su vista, como Dios.

Pero notando que los árboles desafiaban con sus gallardas copas las cornisas de la casa y en el bosque se oían rugidos de guerra y piadas de amor, tornó á llamar á sus genios.



—Más alto aún; quiero que mi morada domine la tierra y no haya sobre ella más que el dosel azulado de la atmósfera.

Cargaron de nuevo los geniecillos con el palacio y le colocaron sobre la nieve eterna, allí donde no hallaron trazas de vegetación ni de vida animal. Y Antropos se asomó otra vez á su ventana y no distinguió más que la llanura toda blanca, sin mata de hierba ni sér viviente que la hollase; el rumor de los de abajo llegaba, sí, pero tan tenue, que era como el de la brisa, que acaricia y no molesta. Entonces Antropos sonrió como antes, más satisfecho que antes.

Sus días se deslizaron en la paz del estudio. El Egoísmo, armado de todas armas, guardaba las puertas de la fortaleza, y sobre ella la Soberbia desplegaba su pendón de púrpura. Antropos era feliz, muy feliz.

Una tarde escuchó ligero ruido que en aquel silencio parecía estrépito, y Antropos divisó dos condores magníficos que, más altos que él, le burlaban con sus alas poderosas. Furioso llamó por tercera vez á sus genios.

—No quiero que otro que yo reine en el espacio—les dijo.—Construiré una torre, á cuya cúspide nadie podrá alcanzar, así tenga las alas del propio Icaro.

Y mandó demoler el palacio, para lo cual bastó la explosión de su voluntad, y que con los mismos materiales se levantara la torre que en altura sobrepasaría á la

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

bíblica, su modelo. En una noche y un día la Arquitectura, su sierva, y los dóciles genios alzaron la torre, tan gallarda que las nubes se amontonaban vengonzosas á sus plantas. Antropos se asomó y vió el espacio desolado, no escuchó más eco que el silencio...

Al fin se creyó solo, absolutamente solo, rey de todo lo creado: su trono de grandeza tenía por cimientos las mismas nubes; la vida se arrastraba, allá abajo, como la serpiente maldita. Encima de él no había nada, nadie... Alzó los ojos con un gesto de orgullo supremo, y descubrió millares de mundos, el reguero diamantino de estrellas y de soles. ¡Oh rabia! ¡oh humillación! encima de él, allá arriba, siempre arriba, existía algo superior que le dominaba y vencía. ¿De qué servíale su ciencia? ¿de qué su genio?

Seguiría subiendo, subiría más, subiría siempre, más arriba que nunca, y en su ascensión gloriosa no pararía hasta hollar con sus pies los astros.

Como á las órdenes de su deseo todo se plegaba humildemente, ante él se presentaron las Ciencias, prontas á cumplir sus mandatos; y bajo su dirección, en menos tiempo que la torre aún, fabricaron un globo prodigioso, que otro igual no volverá á verse.

Y en él subió Antropos, remontándose por los aires como flecha que se dispara de su arco.



¿Quién más alto que él? Abajo, las nubes cubrían ya la torre y en un océano de vapores se sumergía la tierra entera: Antropos, el único, el soberano, tocaba ya á las estrellas, las insolentes disputadoras de su poderío.

Y subía, subía, subía siempre, siempre arriba. Sobre las ondas del éter navegaba como en la inmensidad de un mar azul, desierto y mudo.

Mas á medida que se alejaba de su madre, la tierra, y de los hombres, sus hermanos, la vida que animaba el cuerpo de Antropos, el calor que encendía su sangre y la lámpara de su cerebro iban deprimiéndose y apagándose: sus miembros temblaban, le zumbaban los oídos, los ojos se le cubrían de nieblas espesas, y el pensamiento poco á poco quedaba aterido, como pájaro que sepultó la nieve. Su compañera, la Medicina, quisiera prestarle auxilio, pero ella también se sentía impotente en la majestad solemne del espacio, ella, hija raquítica y ciega de los humanos.

Y el globo subía, seguía subiendo siempre. Antropos, en el fondo de la barquilla, no percibía ya el fulgor de los mundos sobre su cabeza. Tenía los ojos cerrados y no respiraba...

Así murió Antropos, el soberbio, asfixiado en el vacío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

LA VIUDA

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

## La viuda.

Dando diente con encía, la vieja *ña Tocuatra* contaba que la vió pasar y hundirse en la laguna, de vuelta, al anochecer, con una brazada de leña á su rancho; José Contreras, su nieto, aseguraba que también la vió, no una, sino varias veces, y el capataz y las hijas del capataz, y el pulpero y la mujer del pulpero, y casi los peones todos de la *estancia:* era de estatura desaforada, más alta que los árboles más altos; su manto parecía una nube de tormenta que fuera rasando la tierra, en cuyas negruras temerosas se envolvía completamente, sin mostrar pie ni mano, ni los encendidos carbones que está obligado á gastar todo buen fantasma. Tampoco olía á azufre; algún asustado testigo, de largas narices, juraba que si á algo olía era á tabaco, síntoma de progreso, que también á lo sobrenatural y extraordinario alcanza, sin que este detalle amengüe en un ápice la legitimidad de la espantosa aparición.

La cual, como queda dicho, era toda

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

negra y llevaba dos meses de pasear aquellos contornos, obligando á cerrar puertas y ventanas á cada quisque así que anochecía. Como no hacía otro ruido al andar que el que produciría el batir de unas alas de murciélago, la visión repentina y horrible desarmaba el ánimo del precavido y del valiente como quiebra una paja el aire, y á merced suya le rendía allí donde le encontraba; que tal le acaeció á aquel matón de Hilario, quien con el facón desnudo salió una noche de truenos á esperar á *la viuda* junto á la tapia del cementerio, y patas arriba se le halló á la madrugada en el mismo sitio, con más miedo que vergüenza.

Sentados alrededor del fogón, mate en mano, mientras al calor de la llama el ensartado cordero, acabadito de desollar, se tostaba lindamente en el asador, los gauchos evocaban recuerdos de apariciones semejantes que en otro tiempo asolaron el pago, y las chinas jóvenes, de morenotas carnes y trenzas de cerda, no se atrevían á moverse del temor que las daban sus inquietas siluetas dibujadas sobre los muros ahumados de la cocina. Pegados al pecho de sus madres, los niños gemían de miedo del coco, y todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, valientes y pusilánimes, temblaban y santiguábanse al tender las sombras sus crespones sobre la comarca.

El único que se mantenía sereno y despreocupado era *ño Usebio*, el del pajonal. Hasta se burlaba del fantasma, diciendo que iba á hacer y acontecer y que ¡ay de él! si osaba aparecer del lado de su rancho ó cruzarle el camino: amartillado el trabuco, á la mano el lazo, ya podía venírsele encima una legión de espectros, que él más temía á los vivos que escurren el bulto, que á los muertos que resucitan, y á un ánima del purgatorio se la ahuyenta con padrenuestros. Para cobardes, Hilario.



Cada tarde, concluída su faena, montaba en su bayo dorado y al trotecito dirigíase hacia el pajonal solitario, allá en los confines del poblado. Iba cantando alegremente; pero así que apartado se encontraba en la inmensidad del campo, enmudecía, soltaba las riendas y giraba miradas recelosas, encogido el espíritu y floja la voluntad... Porque *ño Usebio*, dijera lo que dijese, temía más á los muertos que á los vivos: gaucho de pelea, bravucón de oficio, su valor y sus hazañas eran ya legendarias y en aleluyas las celebraban los chicos de la escuela; ningún hombre se le ponía delante, ni él consentía que se le pusiera. Pero hay deudas con los muertos que no se pagan con la propia vida, y hay ánimas que si vuelven á la tierra no es para recoger un padrenuestro. ¡Y cuánto, cuánto á la difunta Rosario debía *ño Usebio!*

Con ella pudo casarse, y dejó desdeñoso que se casara con otro; mas todo fué verla en brazos ajenos y entrarle la codicia y

UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 25 MONTERREY, MEXICO

despertársele la mala pasión, de tan violento modo que, casada la hermosa hija de *ña Tocuatra* con el finado Contreras, la arrebató á poco en su caballo y en un rincón de la pampa la tuvo secuestrada largo tiempo á su capricho. La devolvió á su hogar cuando de ella quedó harto, y la arrebató de nuevo cuando los colores de la salud y del buen trato embellecieron la flor que él había ajado; y entre estas alternativas murió el blando Contreras de pena, nació el José, en cuyo tipo gallardo sospechaba el raptor vislumbres de la propia sangre, y enfermó y murió Rosario maldiciéndole.

Esta maldición pesaba sobre *ño Usebio* como una piedra que no le dejara levantar su cabeza, encuadrada de lacia melena gris, sino por el resorte de la soberbia, en el corro de la pulpería; de continuo, en la soledad, la clavaba sobre el pecho, dentro del cual ni de noche ni de día cesaba el escarabajeo de los remordimientos, á modo de hirviente gusanera. Aquel fantasma, aquella *viuda* lúgubre que rondaba el pago, bien podía ser el alma condenada de Rosario, que venía á buscarle para que fuera á compartir con ella el castigo, como instigador y causante del pecado. Y *ño Usebio* no lo dudaba, dispuesto desde luego á entregarse sin resistencia á quien le reclamaba de orden de la justicia divina, ante la cual no hay armas que valgan, bravatas ni valentía.



Conforme *ño Usebio* se acercaba al pajonal, que ya la noche cubría por completo, comenzaba á rezar en alta voz, y rezando entraba en su rancho, el que apresurábase á cerrar con barra y cerrojo. Hasta entonces, felizmente, no había topado con el fantasma, y la dilación le parecía augurio de que su arrepentimiento sincero alcanzaría á rescatar su crimen á la larga, y sus oraciones el reposo de Rosario.

Pero una noche, la de San Juan, sus ojos espantados le divisaron en mitad del camino, semejante á columna de humo que saliera de la tierra y tocara el cielo. Las palabras del avemaría se le atragantaron á *ño Usebio* en la garganta, como puñado de piedrecillas que quisiera tragarse.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!—dijo por tres veces.

Y se vino del bayo abajo, herido de terror. Apenas estuvo derribado, la inmensa mole negra se movió y avanzó hacia el mísero, que la miraba llegar repitiendo «¡Jesús! ¡Jesús!» con horrible castañeteo de dientes; ya la tenía cerca, ya la tenía encima, tan grande, tan negra, que llenaba y obscurecía el contorno... *Ño Usebio* dió un salto y corrió hasta su rancho, intentó cerrar, no pudo, y se agazapó en un ángulo, murmurando siempre: «¡Jesús!»

Como fuego fatuo, la sombra le persiguió y entró con él, que era maravilla que siendo tan grande lo consiguiera. *Ño Use-*

...UNIVERSITARIA ...ASO REYES" ...25 MONTERREY, MEXICO

*bio* la vió erguirse delante de la ventana, envuelta en el rayo de luna, rodeada de una turba de murciélagos. Y dando la cara contra el suelo, gimió:

—¡Rosario Contreras, perdón!

Él solo era el culpable del nefando delito en que la familia de Contreras perdió la honra y la felicidad; él solo el merecedor del castigo eterno; si Rosario pagaba en el purgatorio cuentas ajenas, que se hiciera justicia, y ya que su última hora había llegado, tuviera Dios misericordia de él.

—¡Perdón, misericordia!—balbuceaba tembloroso.

Entonces se oyó un gran ruido, tal como si el rancho se derrumbara, y estalló un grito de fiera que huele la sangre. *Ño Usebio* vió caer el armazón de palitroques y de trapos que á José servía para su broma siniestra, y surgir al muchacho, descompuesto, terrible, el facón en alto, vengador casual de ignorados agravios.

*Ño Usebio* le reconoció, y diciendo por última vez «¡Jesús!», se entregó sin defenderse...

Desde aquella noche *la viuda* desapareció del pago.

# LA GUITARRA DEL DIABLO

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

## La guitarra del diablo.

Apenas habrá biblioteca infantil que no tenga su bonito cuento de la princesa encantada, á quien una bruja rencorosa echó la maldición porque olvidaron de convidarla al bautizo. Generalmente, la pobre princesa duerme como una marmota unos cuantos miles de años, ó padece las salvajadas de algún fiero dragón ó de algún gigante de mal genio, hasta que de luengas tierras viene á redimirla de su sortilegio un príncipe rubio y ojeroso, que en un dos por tres deshace el encanto y acaba casándose con la dormilona, siendo ambos muy felices, como sólo en los cuentos se puede llegar á serlo. Y colorín, colorao...

Tal es la base de estas historias de niños. La médula ó la moraleja varía, pero siempre es el amor el agente sobrenatural y poderoso, ante quien la maldad y toda su cohorte de perversos auxiliares se rinden vergonzosamente.

Pues bien: la historia de la princesa Nervosina, escrita en lengua indostánica y no traducida hasta hoy, no se parece nada á las corrientes que todo el mundo



UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

conoce, y es la más rara y extraordinaria que pueda imaginarse ó la más ingenua y sosa de todas, según se acierte ó no con el intríngulis que, al parecer, se trae dentro.

Esta princesa Nervosina era la hija única del rey de aquel país, allá por los tiempos de Maricastaña, antes de la conquista de Tamerlán, siglo más ó menos, y como tal unigénita la criaron bajo un fanal, sin duda para librarla de moscas y cortesanos, con cuidados tan exquisitos, con precauciones tan exageradísimas, que si de bella y discreta nadie la disputaba la palma y bien asentada estaba en el pináculo de la grandeza humana, á salud robusta y alegres colores cualquier aldeanota de las que andaban descalzas por los campos la daba quince y raya. Nervosina era pálida como el loto sagrado, sensible como la cuerda tendida que el arco hiere y hace vibrar, físicamente frágil como si fuera de materia quebradiza; el aire la producía estornudos, fiebre el sol, los perfumes aturdimiento, la música jaqueca, el silencio bostezos, la soledad hastío y enfado la compañía; en invierno tiritaba, y se sofocaba en verano; ni el agua ni el vino probaban á su estómago delicado, que toleraba apenas la miel y las frutas de sus comidas; de modo que traía á su padre y servidores desesperados y revueltos.

Mandaba hacer el rey obras costosas en el palacio para que la primavera sonriese perpetuamente á su hija; despachaba emisarios que la trajeran manjares y objetos curiosos de otros países; organizaba fiestas unas veces, imponía otras silencio de claustro, consultaba augures, ofrecía sacrificios, y Nervosina siempre triste, siempre pálida, desganada y caprichosa, con síntomas cada día más singulares de su hiperestesia irremediable.



El gran sacerdote, anciano muy avisado de barbazas como el armiño, fué de opinión que á doncellez que se queja sólo cura el amor, y en seguida salieron los embajadores con encargo de buscar novio á pedir de boca; pero Nervosina rechazó á todos los pretendientes y dijo que no quería casarse... El rey se llevaba las manos á la corona, los cortesanos se las llevaban á la cabeza y en el palacio todo era confusión, incertidumbre y ansiedad.

En esto, y de súbito, Nervosina puso el grito en los pintados techos y dió á entender que un dolor agudísimo laceraba su corazón. ¿Qué tendría la princesa en aquel corazoncito, al que todos, altos y bajos, rivalizaban en agradar? La ansiedad, la incertidumbre y la confusión subieron de punto en el palacio: el rey rasgó sus vestiduras (y eso que estaban acabaditas de estrenar) y mandó que de los cuatro extremos del imperio vinieran los médicos más famosos y del extranjero también, y de la China, de la Birmania, del Afghanistán y de la empinada cúspide del Himalaya llegaron, montados unos en rápidos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" UANL MONTERREY, MEXICO

corceles, otros en prudentes elefantes, otros en sobrios camellos y en veleros barcos otros por el mar de Omán y el Indico Océano, reuniéndose la muchedumbre científica en el salón más grande que en el palacio había. Uno por uno examinaron á la enferma, y cada cual expresó su diagnóstico y apuntó el remedio del caso; y como unos y otros no se entendían y recíprocamente se estorbaban, dispuso el rey ensayar el método de cada cual, y aquel que triunfara del dolor de la princesa, ése tenerle por el médico de cámara y por el más sabio de los médicos todos.

Y así se hizo. Sucedía que la enferma, á las primeras gotas del menjurje se ponía buena, ó al menos lo parecía, porque se calmaba el dolor, retrocediendo á las últimas células en que, como pérfida alimaña, hallábase guarecido; pero no bien la esperanza retoñaba en el alma del rey y la alegría del triunfo coloreaba la amarilla tez del doctor, sacaba las uñas de nuevo, y de nuevo la dolorida princesa elevaba el grito á las nubes. Uno por uno, y uno después de otro, escollaron todos y hubieron de marcharse derrotados; y cuando ya el rey no sabía á qué ídolo encomendarse, y el gran sacerdote, hundidos en las barbas de armiño tres dedos de la derecha mano, buscaba la solución del peligroso problema que tenía paralizados los negocios de Estado y la vida de la nación, se presentó pidiendo hablar



á S. M. un chino miserable, quien aseguraba curaría á la princesa, siempre que le permitieran hablar claro, de manera que los ecos de la verdad no escandalizaran á los de la mentira, de la adulación y de la lisonja, huéspedes eternos de los palacios, entre cuyos dorados viven como entre el polvo las sabandijas.

Dejáronle que se acercara á la regia presencia, y con el permiso de decir cuanto quisiera, dijo el chino:

—Lo que la princesa tiene es hartazgo de regalo, inflamación de caprichos y flato de voluntad. Todo ello se cura con cuatro palos en salva la parte, hambre de ocho dias, frío en invierno, calor en verano y trabajo manual todo el año.

Furioso el rey, condenó al insolente á ser decapitado por el delito de decir la verdad, lenguaje que en sus reales oídos no estaba bien que sonara, y publicó edictos por medio de trompeteros ofreciendo buena parte del oro de sus arcas al que curase á la princesa.

Continuó la peregrinación médica y el dolor de Nervosina sin darse á partido meses y meses, engañando y burlando á todos, cambiando de sitio, saltando de un extremo á otro del precioso cuerpo, que iba extenuando á ojos vistas, hasta que la fama, telégrafo de todos los tiempos, trajo al palacio la noticia que un médico existía conocedor profundísimo de las enfermedades de los nervios, el cual se al-

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

bergaba en un antro del Himalaya, y por salir de su estudioso encierro pedía el oro y el moro.

No vaciló el rey, y mandó que en un palanquín bien escoltado condujeran al sabio á palacio, enviándole antes, para disponerle bien y convencerle mejor, una larga reata de acémilas tan cargadas de oro y piedras preciosas, que había para comprar muchas conciencias.

Pero ocurrió que, á pesar de tan magníficos avances, el sabio no consintió en subir al palanquín si no le prometían que habían de entregársele, en sazón oportuna, las regias almas del padre amoroso y la hija dolorida; y pareciéndoles á los embajadores, que eran, naturalmente, unos herejotes desalmados, mezquino el precio é indigno de ser discutido, asintieron de seguida, y allí mismo firmaron el protocolo muy campantes, después de acordar que guardarían para sí la desdeñada carga de la valiosa reata.

Era el extraño sabio un viejecito de pobrísimas trazas, de capa negra raída, cabellera blanca y ojos centelleantes; tenía en ambos lados de la frente dos bultos ó protuberancias sospechosas, que bien podían pasar por disimulados pitones, y este detalle diabólico, lo retorcido y largo de sus uñas y el precio singular de la consulta inducen á creer al ignorado cronista que era el mismo demonio, ó tal vez una encarnación de Siva, quizá su primo carnal en persona, que, por rivalidades de oficio y para no ser conocido, dejó sus cinco caras simbólicas y sus cuatro brazos y adoptó el disfraz y las tretas del maldito tentador de los cristianos.



Sea quien fuere, cuenta la leyenda que después de muchos días y de muchas noches llegaron á los reales alcázares, que el grito doloroso de Nervosina entristecía, siendo introducido el sabio en la cámara sin ceremonia... No miró siquiera á la princesa, ni le palpó la muñeca, ni la invitó á que sacara la lengua. Lo que hizo fué desenfundar de debajo de su capa un instrumento desconocido para el indostánico auditorio y que, á juzgar por el mal grabado que á la crónica acompaña, debió de ser una sencilla guitarra, y comenzó á tocar alegremente.

Y lo mismo fué empezar él á tocar, y sentirse buena y sana Nervosina, de golpe y zumbido. Maravillóse el rey, se maravillaron todos y no hubo agasajo que no recibiera en la corte el portentoso médico.

Y añade el cronista muy gravemente:—«Desde aquel día, en todo el Indostán, y fuera de él, se ha tenido por único é infalible recurso para curar á las niñas histéricas y cuantos desequilibrados de nervios existen, la guitarra del diablo».

Lo malo es que resulta el remedio carísimo, y casi casi es preferible el del chino.

UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, MEXICO

# ANARQUISMO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## Anarquismo.

(FÁBULA)

Los dos compañeros, Sultán y Rabicorto, merodeaban en el mismo barrio, y en la misma espuerta, muchas veces, ó en el mismo basurero, saciaban su canino apetito. La amarga filosofía que el arrastrado vivir engendra y despierta la envidiosa contemplación del bienestar ajeno, traíales melancólicos, gachas las orejas y rabo entre piernas. Sufriendo aquí palos, allá coces, lazos, pedradas y la terrible amenaza de municipales morcillas, siempre perseguidos, á salto de mata, hambrientos y derrotados, así vivían, mientras ¡oh sarcasmo de la suerte! ¡oh injusticia de la ley! otros seres de la misma especie, tan perros, al fin y al cabo, como ellos, dormían la siesta sobre cojines de raso, se desayunaban con pastas de huevo, cenaban rollizos perniles, y blancas manos les rascaban el lomo y espulgaban á su sabor.

Haciendo tan odiosas comparaciones, Sultán y Rabicorto gruñían de cólera, y sentían revivir aquel deseo, en sus perrunos coloquios confesado, de dar una den-

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

tellada al perrillo canela que, con manta azul de paño fino, collarín de níquel reluciente como la plata y sujeto de sedoso cordón, sacaba de paseo todas las tardes el criado de la casa grande. Le veían también en el jardín tomar el sol, entre los rosales, ó abrigarse de la lluvia en la caseta de mimbre del soportal; y en ocasiones, el indecente burgués subía al coche de los amos y se marchaba tan orondo, frunciendo el hociquillo desdeñoso.

Para él no había ley, ni roque, ni fatigas, ni hambres, ni sufrimientos. ¡Infame burgués! Le cobraron tan grande odio Sultán y Rabicorto, como sólo en el corazón humano puede caber; y decidieron, á fin de vengar á la especie y castigar la irritante desigualdad, no lo que á los anarquistas de la escala superior piadosamente se les ocurriría: hacer volar con dinamita la casa grande, pongo por ejemplo, y que pagaran los justos las cuentas del insolente canelo...; sino arremeter contra él y destrozarle á mordiscos. Le acecharon, le asaltaron, y entre los dos le tarascaron, con tal furia, que la manta y la vida del infeliz en los colmillos quedaron de sus enemigos, sin que de nada le valieran el auxilio y la compañía del lacayo azorado, huyendo los dos cómplices calle abajo prestamente.

Por la noche volvieron á lamer la sabrosa sangre de su víctima, y gulusmearon á sus anchas en el arroyo; y como no había guarda que les estorbara, ni can que le



defendiera, Sultán saltó la tapia y se coló en el jardín, atraído por cierto olorcillo que sus finas narices de podenco percibían. También sentíalo Rabicorto, pero llevaba una pata (con perdón) á la rastra, por causa de un vapuleo ganado en otra aventura nocturna, y aunque se esforzaba no podía saltar; en tanto que el compañero se llegaba á la caseta del muerto y en una escudilla, llena de sopas de leche, metía el hocico famélico.

—¡Sultán, compañero!—aullaba tristemente Rabicorto,—ayúdame á subir; mira que partir tenemos, como buenos hermanos.

¡Que si quieres! Sultán se relamía, sabiéndole á gloria la sopa del burgués y su lanudo almohadón, sobre el cual dió cuatro brincos de regocijo, así que limpió la escudilla, sin cuidarse de su compañero, que tras de la tapia seguía gimiendo:

—Mira, que me des la mitad; si no, alboroto el barrio y llamo al guarda...

—¡Imbécil!—ladró furioso Sultán.

Y propinó á Rabicorto tan fraternal dentellada, que le descalabró; yendo á tenderse luego sobre la cama del canelo sibarita, con gruñidos sordos de indignación contra esa miserable canalla, cuyos lamentos, protestas y amenazas pueden turbar la digestión de unas buenas sopas de leche...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" UANL MONTERREY, MEXICO